

Sergio Mansilla Torres. SENTIDO DE LUGAR. ENSAYOS SOBRE POESÍA CHILENA DE LOS TERRITORIOS SUR-PATAGÓNICOS. Londres/Potsdam: INOLAS, Colección «Fines del Mundo. Estudios Culturales del Cono Sur», 2020: 559 pp.

En tiempos de trastorno ecológico mundial, cultivar el sentido de lugar es de una importancia central. Si habitamos un espacio anónimo, qué más da su deterioro, qué más da su destrucción. En cambio, si vemos los espacios que habitamos como lugares, si llegamos a conocerlos íntimamente, a quererlos y sentirlos como propios, si nos sentimos parte intrínseca de ellos y sus historias, entonces su bienestar nos importará y lo defenderemos. Sentir los lugares, cultivar un sentido de lugar, es un paso imprescindible para entender y defender nuestro mundo. Cada vez más lo saben los escritores, los críticos. Hay que dar al lugar el lugar de protagonismo que le corresponde y le urge tener en nuestras vidas y nuestros modos de escribir y leer.

Es tan fácil, en la actualidad, viajar –por tierra, agua y aire, pero también por realidades virtuales–, que la vieja dicotomía campo-ciudad ya no basta para entender nuestra conexión con los lugares. Asimismo, lecturas simplistas de la poética de los lares de Jorge Teillier tampoco sirven para comprender la complejidad del tratamiento del lugar en la poesía chilena reciente. Para buscar un sentido de lugar en la poesía –cuenta Sergio Mansilla Torres, recogiendo una imagen de Seamus Heaney–, hay que excavar en los lugares «para que aparezca el otro lugar del lugar, para que la geografía lírica habite donde antes solo había espacio inerte, mudo, de postal a lo más, y ese espacio se vuelva lugar parlante, genuinamente nutricia de una casa del ser en la que el sujeto lírico desde lo local y con lo local se vuelva poderosa metáfora de los devenires humanos» (52). Los lugares nos hablan en metáforas y Mansilla Torres, en este libro fascinante, explora las distintas maneras de abordar el lugar y hacerlo metáfora que han ensayado los poetas chilenos del Sur y la Patagonia. Sabe, por supuesto, que este interés por el lugar del lugar en la construcción de la identidad significa ir en contra de la corriente de los estudios literarios de las últimas décadas: «Es probable que el énfasis en la autosuficiencia del fenómeno estético haya despojado al análisis de la poesía y lo poético de marcas históricas y territoriales, reduciéndolos a una suerte de álgebra de las operaciones del pensamiento» (67).

En un capítulo sugerente de la primera parte del libro, se recoge y discute el neologismo «suralidad», acuñado por Clemente Riedemann en un texto que rechazaba la visión estereotipada del carácter lárlico de la poesía sureña. En una aguda lectura de un poemario del propio Riedemann y de *Con ajo*, un libro muy lejos del larismo

de Harry Vollmer, Mansilla Torres muestra que el concepto de no lugar, en poesía, va más allá de los espacios sin historia ni identidad ni vínculos afectivos señalados por Marc Augé (centros comerciales, aeropuertos, etc.); sirve también para entender, por ejemplo, la representación poética de los barrios periféricos y deteriorados de una ciudad del Sur. Lugar y no lugar «no son, pues, categorías que designen lugares físicos distintos», sino «maneras de designar relaciones identitarias más o menos afirmativas o más o menos conflictivas con lugares concretos, sean estos rurales o urbanos, tradicionales o modernos» (94).

Los poetas de la suralidad, afirma Mansilla Torres, «viven en las fronteras de la modernidad occidental, ahí donde lo moderno, lo tradicional, lo natural salvaje y lo natural cultivado, lo artificial urbano, lo ancestral no occidental, en fin, todo esto y más coexiste estableciendo diversos tipos de interrelaciones, a veces dialogantes, otras conflictuadas» (77). Todo ello figurará en su poesía, de naturaleza también fronteriza, afincada en el presente aunque no deje de asumir, a menudo, esa «responsabilidad» señalada por Teillier (con palabras de Rilke) de conservar el recuerdo y también el «valor humano y láríco» de mundos en vías de desaparición. En la obra de los poetas estudiados por Mansilla Torres se verá, sin embargo, cómo la memoria –tan central en las propuestas de Teillier– se extiende a un diálogo textual e intertextual con la convulsionada historia de conquistas, pacificaciones, genocidios y masacres de obremos que han vivido las regiones del Sur, y con el vasto acopio de textos –sobre todo crónicas– que esta ha generado.

Mansilla Torres organiza su lectura de poetas y libros en cinco partes, vinculadas cada una a una zona específica del Sur. En la parte titulada «El campo y la ciudad. La región de Valdivia», explora la «poética de los bosques» en dos libros de Ramón Qui-chiyao: *La palabra azul de los bosques* (2003) y *Selva Valdiviana. Voces y silencios* (2010); la «erosión del larismo» presente en el libro *La ciudad que habito* (2012) de Verónica Zondek, que lee en fértil diálogo con un texto propagandístico sobre Valdivia del «agente de colonización» Vicente Pérez Rosales y la visión pastoril de Luis Oyarzún; y un «diagnóstico bipolar del territorio y sus metáforas» en *Territorio cercado* (2015), un poemario estremecedor de Maha Vial situado en el no lugar o «antilugar» del Hospital Base de Valdivia.

En «Lo germánico y lo mapuche huilliche en la Futahuillimapu», dedica sendos capítulos a un estudio de «la sombría germanidad rural del sur profundo» en Delia Domínguez, sobre todo en su libro juvenil *Simbólico retorno* (1955); al libro *Raigambre* (2002) de Marlene Bohle, en el que la nostalgia láríca por la naturaleza de bosques nativos (ya inexistentes) vivida en la infancia se combina con una mirada crítica a la decadencia de una colonia alemana tan clasista y racista como machista; al impresionante fresco poético que es *Reducciones* (2012) de Jaime Huenún, y a la curiosa y fantasmal reconstrucción de la Araucanía en tiempos de «pacificación» de *Comarcas* (2013) de Bernardo Colipán.

La parte «Chiloé. Islas a la deriva» comienza con una indagación sobre la memoria poética en *Nada queda atrás* (2007), un libro compuesto de las fotografías documentales tomadas en Chiloé en 1967, a instancias de su amigo Pablo Neruda, por el estadounidense Milton Rogovin, y de los textos en torno a esas imágenes escritos por Carlos Trujillo a comienzos del siglo XXI. El segundo capítulo, de índole más testimonial, despliega una «historia de familia» del propio autor que sirve para examinar los efectos de la diáspora de trabajadores chilotes en la Patagonia, mientras que el tercero se dedica a *Guaitecas* (2009), un poemario de Jorge Velásquez que recorre la memoria de lugares que han sido y están siendo víctimas del «estropicio de la historia».

«Aysén. Los vientos de la memoria» se inicia con un lúcido estudio sobre las tensiones entre lo global y lo local en el campo literario, y luego capítulos sobre las «convecciones del tiempo y la memoria» en la trilogía *Patriagonia: Catabática, Adiabática, Anabática* (2014), de Ivonne Coñuecar, y sobre las «crónicas de la imaginación y la memoria» de *Aire, nada más* (2017) de José Mansilla.

La última parte, «Patagonia austral. Los lugares del fin del mundo», se divide en cinco capítulos. Los primeros exploran las huellas del genocidio y las «poéticas del viento» en lo escrito en el «Auschwitz patagónico», y el peso contrastado de la mistificación y la historización a la hora de articular una literatura patagónica capaz de dejar atrás «la épica conservadora» de la historia oficial. El capítulo siguiente se centra en «la entropía de los territorios patagónicos» en *El cementerio más hermoso de Chile* (2008) de Christian Formoso, un libro que ha funcionado como «el despertador que nos sacude con violencia para que la pesadilla de la historia mute, cuanto antes, en atenta vigilia que haga notar la perversidad de una belleza —la del cementerio de Punta Arenas— que se construyó sobre los huesos de las víctimas de un genocidio hoy velado tras las fachadas de imponentes monumentos funerarios» (457). Los dos últimos capítulos del libro abordan la curiosa crónica de tres viajes *Picton/Shukaku* (2014) de Juan Pablo Riveros, y la «temporada en el infierno» que pasó Aristóteles España, a partir de septiembre de 1973, en el Campo de Concentración de Isla Dawson y que dio pie al poemario testimonial *Dawson* (1985).

Sergio Mansilla Torres, crítico practicante que nació en Chiloé, residió durante largos años en Osorno y vive y trabaja hoy en Valdivia como profesor de Castellano y Filosofía, dialoga con las obras de coetáneos y compañeros suyos con aguda y entrañable complicidad, moldeando su mirada a los matices de cada discurso individual y nutriendo sus lecturas con un notable bagaje teórico. Monumental en su ambición, en las regiones que abarca, en la variedad y la cantidad de poetas que analiza, *Sentido de lugar* es una obra imprescindible para conocer la poesía reciente de los «territorios surpatagónicos» y las estrategias que emplean sus autores para dar un lugar protagonista a los lugares geográficamente tan imponentes y tan cargados de historia turbulenta

que habitan. Es, a la vez, una muestra ejemplar de lo que planteamientos vinculados al ecologismo y a la ecocrítica pueden aportar a los estudios literarios en castellano.

Niall Binns
Universidad Complutense de Madrid